

Thomas Mann

Un Momento De Felicidad

Comentario [LT1]:

Estudio

¡Silencio! Vamos a mirar el interior de un alma. Al vuelo, de paso y sólo unas cuantas páginas, pues estamos agobiados de trabajo. Venimos de Florencia, de tiempos remotos; en esta ciudad se están tratando asuntos perentorios y difíciles. Han sido sometidos,... ¿a quién?... A la corte, quizás, en un castillo real, ¡quién lo sabe! Cosas extrañas, de poco colorido, están a punto de ser ajustadas... ¡Ana, pobre baronesa Ana! ¡No disponemos de mucho tiempo para ti!...

Compás de tres por cuatro, choque de copas, algazara, atmósfera cargada, canturreas y baile: nos conocen, conocen nuestro flaco. ¿Es porque el dolor toma allí la forma de los más profundos y nostálgicos ojos, que a nosotros nos gusta tanto permanecer escondidos en lugares donde la vida sencilla celebra sus fiestas?

- ¡Oficial! - gritó a través de la sala el barón Harry, comandante de caballería, dejando de bailar. Rodeaba todavía el talle de su pareja con el brazo derecho y apoyaba con fuerza la mano izquierda en la cadera -. ¡Que esto no es un vals, hombre, sino una marcha fúnebre! Por lo visto no lleva usted ritmo en la sangre. No hace más que flotar y balancearse siempre de la

misma forma. Que toque el piano el teniente Von Gelbsattel, verá cómo le da más ritmo. ¡Retírese, oficial! ¡Baile usted, si es que sabe hacerlo mejor!

Y el oficial se levantó, saludó con un golpe de espuelas sin decir una palabra, cedió el sitio al teniente Von Gelbsattel, quien inmediatamente empezó a aporrear el vibrante y bronco pianoforte con sus manotas blancas, abiertas en toda su extensión.

Naturalmente, el barón Harry sí llevaba ritmo en la sangre: ritmo de vals y ritmo de marcha, jovialidad y orgullo, felicidad, donaire y espíritu victorioso. Su chaqueta de húsar, galoneada con cordones dorados, daba un aspecto elegante a su rostro juvenil y apasionado, un rostro que no denotaba el menor signo de preocupación e inquietud. Era un rostro intensamente encendido, como suelen tenerlo las personas rubias; y esto para las damas era un indicio de *picanterie*. La colorada cicatriz de su mejilla derecha daba una expresión de salvaje intrepidez a su semblante desenvuelto. Nadie sabía si aquella herida se debía a un golpe de arma blanca o a una caída de caballo; en cualquier caso, le hacía interesante. Bailaba divinamente.

El oficial, en cambio, nadaba y flotaba - si nos es lícito emplear las palabras del barón Harry en sentido figurado -. Sus párpados eran demasiado largos, de forma que nunca podía abrir los ojos como era debido; el uniforme, además, le iba un poco ancho, le sentaba como un tiro; Dios sabrá cómo fue a parar a la carrera militar. Sólo de mala gana accedió a tomar parte en aquella broma de casino en compañía de las "Golondrinas"; sin embargo, lo había hecho, porque, de lo contrario, se hubiera visto obligado a evitar un escándalo. Pues hay que saber que, en primer lugar, procedía de familia burguesa, y, en segundo lugar, circulaba una especie de libro, una serie de historias imaginarias que -según se dice - él mismo había escrito o compuesto, y que todo el mundo podía comprar en las librerías. Por fuerza tuvo esto que provocar en la gente cierta actitud desconfiada frente al oficial.

La sala del casino de oficiales de Hohendamm era larga y espaciosa; en realidad resultaba demasiado grande para la treintena de caballeros que estaban holgando en ella aquella tarde. Las paredes y la tribuna de los músicos estaban adornados con simulados cortinajes de escayola pintada de rojo, y del chabacano techo colgaban dos arañas alabeadas en las que

colgaban velas torcidas, chorreando cera. Sin embargo, el suelo de madera había sido fregado toda la mañana por siete húsares, expresamente designados para esta faena; al fin y al cabo, ni los mismos señores oficiales podían desear lujo mayor en un villorrio, en unas Batuecas o Abderas como Hohendamm. Además, lo que daba brillo a la fiesta y dejaba su impronta a la tarde aquella era el singular ambiente de socarronería, la sensación vedada y petulante de pasarla junto con las "Golondrinas". Incluso los estúpidos ordenanzas sonreían satisfechos a hurtadillas cuando colocaban nuevas botellas de champaña en las garapiñeras de junto a las mesas, cubiertas con manteles blancos, que habían sido montadas en tres comedores; miraban a su alrededor y bajaban los ojos, sonriendo como sirvientes que, en silencio e irresponsablemente, se hicieran cómplices de los temerarios excesos de sus amos... Y todo a causa de las "Golondrinas".

!Las Golondrinas, las Golondrinas!... Bien, digámoslo de una vez, ¡se trataba de las "Golondrinas Vienesas"! Iban por el país como una bandada de aves emigradoras, volaban en número de treinta de ciudad en ciudad y aparecían en cafés y teatros de variedades de quinta categoría, cantando con desempecho y voces jubilosas y garruladoras su canción favorita y más brillante:

Wenn die Schwalben wieder kommen,

Die wer'n schaun! Die wern schaun!

(Cuando vuelvan las golondrinas,

¡ya verán, ya verán!)

Era una buena canción, de un humor al alcance de todos, y la cantaban entre los aplausos de la parte más comprensiva del público. Así, pues, las "Golondrinas" llegaron también a Hohendamm y cantaron en la cervecería de Gugelfing. En Hohendamm había una guarnición de húsares, todo un regimiento, y las "Golondrinas" esperaban con razón despertar un vivo interés entre la superioridad. Encontraron más que interés, entusiasmo. Noche tras noche los oficiales solteros se sentaban a sus pies escuchando la

canción de las Golondrinas y brindando por las muchachas con la cerveza dorada de Gugelfing; pero pronto acudieron también los casados, e incluso, una noche, apareció el propio coronel Van Rummler en persona, quien siguió el programa con el más vivo interés y, al final, se volvió hacia sus acompañantes manifestando la más absoluta aprobación en favor de las "Golondrinas".

Pero entonces, entre los tenientes y capitanes de caballería surgió la idea de hacer actuar a las "Golondrinas" en un ambiente más íntimo, seleccionando algunas de ellas, las diez más guapas, e invitándolas al casino para divertirse una noche con champaña y mucho jolgorio. Los superiores no debían saber nada - de cara a fuera - de propósito semejante, y, muy a pesar suyo, tuvieron que renunciar a la asistencia; pero no sólo los oficiales solteros tomaron parte en la fiesta, sino que asistieron, también, los capitanes y jefes casados, quienes, además (y esto fue lo más picante de la velada, la humorada propiamente dicha), tuvieron que ir acompañados de sus respectivas esposas.

¿Inconvenientes y reparos? El primer teniente Van Lertzahn había encontrado la frase de oro al decir que, para los soldados, los inconvenientes y reparos estaban para ser superados y ahuyentados. Por más que los buenos ciudadanos hubiesen querido horrorizarse - de haberle sabido - por el hecho de que los oficiales reuniesen en un mismo local a sus esposas y a las "Golondrinas", a buen seguro que no se les habría permitido hacerlo. Y es que existe una atmósfera superior, unas regiones de la vida intrépidas, más allá de lo normal y corriente, en las que vuelve a ser lícito hacer lo que, en esferas inferiores sería sucio y deshonesto. ¿Y es tal vez que los honrados habitantes de Hohendamm no estaban acostumbrados a esperar lo más insólito y desacostumbrado de sus húsares? Los oficiales iban al trote en sus caballos bajo la esplendorosa luz del sol, cuando se les antojaba: esto había sucedido. Un día, hacia el atardecer, se habían disparado tiros de pistola en la Plaza del Mercado, y, naturalmente, no habían podido ser otros que los oficiales. ¿Se había atrevido alguien a quejarse por esto? La siguiente anécdota procede de varias fuentes, todas ellas fidedignas.

Una mañana, entre las cinco y las seis, el capitán de caballería barón Harry, junto con algunos compañeros, regresaba muy animado de una juerga nocturna; eran los otros el capitán Von Huhnemann, los primeros

tenientes y tenientes Le Maistre, barón Truchsess, Von Trautenau y Von Lichterloh. Al pasar por el Puente Viejo, los caballeros se encontraron con un mozo de la panadería que llevaba una gran cesta de panecillos sobre el hombro, silbando mientras hacía su recorrido con el fresco de la mañana.

- ¡Trae acá! - le gritó el barón Harry.

Y agarró la cesta por el asa, la hizo voltear tres veces, con tanta habilidad que no cayó ni un solo panecillo, y la arrojó luego lejos de sí a las turbias aguas del río, haciéndole dibujar en el aire una curva para demostrar la fuerza de su brazo. El muchacho, que al principio se había quedado como petrificado por el susto, al ver entonces sus panecillos flotar y hundirse en el agua, levantó los brazos al cielo entre gritos y lamentaciones, moviéndose y gesticulando como un desesperado. Pero después que los caballeros se hubieron divertido un rato con su espanto infantil, el barón Harry le echó una moneda que sobrepujaba, por lo menos en tres veces, el valor de los panecillos, y luego los oficiales siguieron su camino, riendo a pleno pulmón. Entonces comprendió el muchacho que se las tenía que haber con gente noble y se calló...

Este suceso corrió en seguida de boca en boca; pero, ¿quién era el guapo que se atrevía a hacer comentarios sobre ello? Sonriendo o rechinando de dientes, sólo podía oírse de labios del barón Harry y de sus compañeros. ¡Eran señores! ¡Los señores de Hohendamm!... De aquí que las esposas de los oficiales convinieran con las "Golondrinas"...

Al parecer el oficial no estaba más fuerte en baile que en piano, pues sin ni siquiera buscarse pareja, hizo una reverencia y se dejó caer en una silla, junto a la pequeña baronesa Ana, esposa del barón Harry, a la que dirigió tímidamente la palabra. El joven oficial se veía incapaz de divertirse con las "Golondrinas". Sentía verdadero miedo de ellas, pues se imaginaba que esta clase de chicas le mirarían como a un bicho raro. Tenía ganas de decir todo esto pues le afligía. Pero, puesto que la peor música le ponía taciturno y le aburría - a guisa de muchas naturalezas fofas e inhábiles -, también la baronesa Ana, a quien le era completamente indiferente el oficial, le respondía distraída y desatenta, por lo que pronto se callaron y se limitaron a contemplar el balanceo y el volteo del baile con una sonrisita un tanto forzada y ridícula que les resultó curiosamente afín.

Las velas de las arañas oscilaban y goteaban tanto que habían quedado completamente deformadas por el exceso de estearina barata ya medio solidificada, y bajo ellas volteaban y se deslizaban las parejas al ritmo crepitante que el teniente Von Gelbsattel imponía. Las puntas de los pies se movían vertiginosamente, daban vueltas y se deslizaban elásticamente. Las largas piernas de los caballeros se doblaban un poco, se flexionaban como muelles, saltaban y daban vueltas sin cesar. Las faldas de las levitas volaban. Las coloreadas guerreras de húsar se remolinaban y se entremezclaban, y las damas reclinaban su cintura en los brazos de los bailarines con la cabeza sensualmente tirada hacia atrás.

El barón Harry apretaba con su brazo el ajustado talle de una "Golondrina" maravillosamente hermosa, con su rostro cerca del de ella y mirándola fijamente a los ojos. La baronesa Ana seguía a la pareja con una sonrisa en los labios. Allí estaba el larguirucho teniente Von Lichterloh haciendo voltear a su paso a una pequeña y gorda "Golondrina", redonda como una bola e insólitamente escotada. Pero debajo de una de las arañas, absolutamente olvidada de sí misma, bailaba - cierto y verídico - la esposa del capitán Von Hühnemann, a quien gustaba el champaña por encima de todo, con otra "Golondrina", una linda y pecosa criatura, cuyo rostro resplandecía radiante por tan desusado honor.

- Querida baronesa - dijo más tarde la señora Von Hühnemann a la esposa del primer teniente Von Truchsess -, estas chicas no son del todo incultas; pueden contarle con los dedos todas las guarniciones de caballería que existen en el Imperio.

Bailaban juntas porque sobraban dos damas, y no advirtieron que todo el mundo se había ido retirando de la pista para dejarlas hacer a ellas solas. Pero al fin se dieron cuenta y se quedaron plantadas, una junto a la otra, en medio de la sala, colmadas de aplausos, risas y bravos...

Luego se empezó a beber champaña y los ordenanzas corrían de mesa en mesa con sus guantes blancos para llenar las copas. Pero las "Golondrinas" tuvieron que volver a repetir sus canciones. Tenían que hacerlo, tanto si les quedaba aliento como si no.

Se colocaron en fila sobre la tarima que ocupaba un extremo de la sala y miraban al público con grandes ojos. Llevaban los hombros y los

brazos descubiertos, y sus vestidos consistían en una especie de chaleco de color gris claro y fracs negros en forma de cola de golondrina. Llevaban además medias grises de cuadradillo y zapatos muy abiertos, de tacones enormemente altos. Las había rubias y morenas, obesas con aspecto bonachón y delgadas de tipo interesante, unas con mejillas encarnadas y singularmente gruesas, y otras con unos rostros tan blancos que parecían payasos.

Pero la más hermosa de todas era, sin duda alguna, aquella morenita de brazos infantiles y ojos almendrados que acababa de bailar con el barón Harry. La baronesa y Ana también la encontró la más hermosa y siguió sonriendo. Las "Golondrinas" empezaron a cantar y el teniente Von Gelbsattel las acompañó al piano, con el dorso vuelto hacia atrás y la cabeza hacia ellas, aporreando las teclas con los brazos desmesuradamente abiertos. Cantaban, a una sola voz, que eran pájaros alegres que habían recorrido ya el mundo entero y se llevarían consigo todos los corazones cuando emprendieran de nuevo el vuelo. Era una canción muy melódica, que empezaba con estas palabras:

Ja, ja, das Militar,
Das lieben wir gar schr!
(¡Oh, sí, los militares
nos gustan de verdad!)

y terminaba exactamente igual. Pero luego, ante el frenético requerimiento del público, volvieron a cantar La Canción de las Golondrinas, y los caballeros, que la sabían de carretilla tan bien como ellas, les hicieron coro entusiasmados:

Cuando vuelvan las golondrinas,
¡ya verán, ya verán!

La sala retumbaba con los cantos, las risas, el tintineo de las espuelas y el pataleo de los pies marcando el compás.

También la baronesa Ana reía ante todo aquel desorden y alegría loca; había reído tanto durante toda la noche que la cabeza y el pecho le dolían, y de buena gana hubiera cerrado los ojos para buscar sosiego y oscuridad, si Harry no hubiese estado tan aficionado...

- Hoy me divierto - había manifestado antes la baronesa a su vecina de mesa, en un momento en que ella misma lo creía; pero esta exteriorización no provocó más que silencio y una mirada burlona en su vecina, por lo que entonces recordó que no era costumbre decir estas cosas entre ciertas personas. Si uno se divertía, que obrase en consecuencia; manifestarlo y recalcarlo era ya un atrevimiento y una extravagancia; pero decir "estoy triste" hubiese sido francamente imposible.

La baronesa Ana se había criado en medio de tan gran soledad y silencio en la finca costeña de su padre, que siempre había sido propensa a no reparar en estas verdades sociales, con todo y que tenía miedo de extrañar a la gente y deseaba ansiosamente ser como las demás personas, para que se la quisiese un poquito nada más... Tenía unas manos pálidas y un cabello rubio ceniciento, demasiado duro en comparación con su pequeño rostro, afilado y delicado. Entre sus rubias cejas aparecía una arruga vertical que confería a su sonrisa una expresión un tanto turbada y resentida.

Lo que le pasaba era que amaba a su esposo... ¡Que nadie se ría por ello! Le amaba incluso a pesar de la historia aquella de los panecillos, le amaba tímida y desdichadamente a pesar de que él maltrataba continuamente su corazón con engaños, igual que un adolescente; sufría de amor por él, como una mujer que desprecia su propia blandura y debilidad, y comprende que la fuerza y la felicidad de los duros tienen también derecho a estar en la tierra. Sí, se entregaba a este amor y a los tormentos que le ocasionaba como antes se había entregado a su esposo, cuando, en un fugaz raptó de ternura había solicitado su mano: se entregó con el deseo ardiente que una criatura solitaria y soñadora siente por la vida, la pasión y el sentimiento desencadenado...

Compás de tres por cuatro y. tintineo de copas; algazara, ambiente cargado, canturreo y baile: éste era el mundo de Harry y su imperio; era también el reino de sus propios sueños, porque en él había felicidad, vulgaridad, amor y vida.

¡Sociabilidad! ¡Inocua, festiva sociabilidad! ¡Veneno enervante, envilecedor, seductor, lleno de estériles encantos! ¡Enemiga lasciva del pensamiento y de la paz! ¡Qué terrible eres!... Y así permanecía ella, sentada durante tardes y noches enteras, atormentada por la viva contradicción que sentía entre el vacío y nulidad más absolutos en derredor, por una parte, y la febril agitación que reinaba allá dentro como consecuencia del vino, el café, la música sensual y el baile, por otra. Permanecía sentada y contemplaba a Harry seduciendo a hermosas y alegres mujeres, no porque le gustaran de un modo especial, sino porque su vanidad le exigía exhibirse con ellas en público, como afortunado mortal que, mimado por el destino, nunca ha encontrado una puerta cerrada y no sabe de ansias y anhelos...

!Cuanto daño le hacía a ella esta vanidad, y cuánto le gustaba a pesar de todo! ¡Cuán dulce era advertir que su marido seguía siendo hermoso, joven, arrogante y seductor! ¡Cómo se convertía su amor en martirizante fuego por el amor que otras le profesaban!... Y cuando la noche había transcurrido, cuando, al final de una fiesta desperdiciada entre penas y tormentos, se deshacía él en necias y egoístas alabanzas sobre esta clase de veladas, su amor se mezclaba entonces con odio y desprecio, le llamaba "granuja" y "necio" en el fondo de su corazón, y procuraba castigarle con el silencio, un silencio ridículo y desesperado...

¿Tenemos razón, pequeña baronesa Ana? ¿Seguimos descubriendo todo lo que se oculta tras tu pobre sonrisa, mientras las "Golondrinas" cantan?

Y sigue, luego, aquel estado lastimoso e indigno que se apodera de ti, cuando despiertas tras una candorosa noche pasada en cama junto a tu marido y malgastas tus fuerzas espirituales en reflexiones inútiles sobre las bromas, las palabras graciosas, las respuestas ocurrentes que debieran habérsete ocurrido para ser amable y que no se te ocurrieron. Y vienen los sueños del amanecer, en que tú sueñas estar llorando, completamente desfallecida de dolor, apoyada en su hombro, y él trata de consolarte con las más vacías, gentiles y vulgares de sus palabras, y tú te persuades

bruscamente del bochornoso absurdo que supone llorar sobre el mundo, apoyada en su hombro...

Si por lo menos cayera enfermo, piensas..., ¿no es verdad? ¿Tenemos razón al imaginarnos que de una pequeña e indiferente enfermedad suya nacería para ti todo un mundo de sueños, en el que tú le tratarías como a tu bebé enfermo, él descansaría a tu lado desvalido y maltrecho, y te pertenecería para siempre, siempre? ¡No te avergüences! ¡No te desprecies! La pena nos vuelve malos a veces... Lo sabemos, lo vemos. ¡Ah, pobrecita alma, las cosas se ven muy distintas viajando! Sin embargo, podrías preocuparte un poco del joven oficial, el de largos párpados, que se sienta a tu lado y cuya soledad se hermanaría de buena gana con la tuya. ¿Por qué le desairas? ¿Por qué le desprecias? ¿Es tal vez porque pertenece a tu mismo mundo y no a aquel otro en que reina el regocijo y la alegría, la felicidad, el ritmo y el espíritu victorioso? ¡Cierto, es arduo no estar aclimatado ni a uno ni a otro mundo, lo sabemos! Pero no hay reconciliación alguna...

Los aplausos se mezclaron con los últimos compases del piano del teniente Von Gelbsattel; las "Golondrinas" habían terminado. Sin hacer caso de la escalera, bajaron de la tarima de un salto, con los brazos abiertos como alas y dando un batacazo en el suelo; los caballeros se apiñaron a su alrededor para ayudarlas. El barón Harry ayudó a la más pequeña de las "Golondrinas", aquella de pelo castaño y brazos infantiles; lo hizo con toda circunspección y conocimiento de causa. Rodeó sus muslos con un brazo y su talle con el otro, se tomó todo el tiempo que quiso para dejarla en el suelo y la condujo luego a la mesita donde había el champaña; le llenó la copa hasta rebosar de espuma y brindó con ella, lentamente, como auténtico hombre de mundo que era, mirándola a los ojos. El barón Harry había bebido mucho y la cicatriz de su cara se había puesto intensamente roja sobre el blanco color de su frente, que contrastaba vivamente, a su vez, con el encendido color del rostro; pero aquel rostro aparecía claro y despejado, serenamente excitado, imperturbable por la fuerte pasión.

Su mesa estaba enfrente de la de la baronesa Ana, al lado opuesto de la sala, y la baronesa, a la vez que cambiaba con algún que otro vecino palabras indiferentes, escuchaba ávidamente las risas que provenían del otro extremo, acechaba vergonzosa y furtivamente todos los movimientos en una de estas extrañas posturas, llenas de angustiosa tensión, que

permiten a uno mantener una conversación puramente mecánica con una persona, sin perjuicio para las normas de urbanidad, y permanecer, a la vez, completamente ausente para poder observar a otra persona...

Una o dos veces le pareció como si la mirada de la pequeña "Golondrina" rozara la suya... ¿La conocía? ¿Sabía ella quién era? ¿Qué hermosa era! ¿Qué atrevida, irreflexiva, vivaracha y seductora! Si Harry amara aquella mujer, si penara y languidciera por ella, ella, la baronesa, se lo perdonaría, lo comprendería, se haría cargo. Y de pronto sintió que su simpatía por la pequeña "Golondrina" era más cálida y más profunda que la del propio Harry.

¡La pequeña "Golondrina"! ¡Dios santo, se llamaba Emmy y era en todo tan vulgar! Pero estaba muy hermosa con aquella melena negra que rodeaba su rostro ancho y sensual, con sus oscuros ojos almendrados, su boca grande de dientes blancos y brillantes, y sus brazos morenos, de formas delicadas y seductoras; pero lo más bello eran sus hombros, cuyas articulaciones, al hacer ciertos gestos, se movían con una flexibilidad incomparable... Al barón Harry le gustaban aquellos hombros; de ninguna manera hubiera consentido verlos cubiertos, antes bien armó un estrepitoso escándalo a causa del chal que ella se había puesto en la cabeza. Y con todo esto nadie - ni el barón Harry, ni su esposa ni cualquier otra persona - reparó por un instante que aquella pequeña y abandonada criatura, a la que el vino ponía sentimental, había pasado toda la noche languidciendo por el joven oficial, al que poco antes se le había sacado del piano por falta de ritmo. Sus ojos cansados y su manera de tocar la habían hechizado; a ella le parecía un joven noble, poético, de un mundo distinto, mientras que la manera de ser y de comportarse del barón Harry le era demasiado conocida y aburrida. Y se sentía muy desdichada y afligida de que el oficial, por su parte, no le diera la menor muestra de amor...

Las velas, ya muy consumidas, ardían mortecinas entre el humo del tabaco que flotaba en capas azulinas sobre las cabezas de los invitados. La sala se llenó de aroma de café. Una atmósfera insulsa y pesada, tufo de fiesta, vaho de multitud, mezclada y engrosada con el excitante perfume de las "Golondrinas", lo envolvía todo: mesas de tapetes blancos, garapiñeras con botellas de champaña, hombres y mujeres trasojados y turbulentos, con sus murmullos y carcajadas, sus risas ahogadas y sus galanteos amorosos...

La baronesa no habló más en toda la noche. La desesperación y aquella horrible concomitancia de nostalgia, envidia, amor y desprecio de sí misma que se llama celos y que no existiría si el mundo fuera bueno, se habían apoderado de su corazón de tal forma que ya no le quedaban fuerzas para fingir. Si él se diera cuenta de lo que le pasaba, si se avergonzara de ella, para que por lo menos albergara en su pecho un solo sentimiento relacionado con ella...

Miró hacia el otro lado... El juego de su marido seguía adelante y todo le daba un aire risueño y curioso. Harry había descubierto una nueva forma de pelear cariñosamente con la pequeña "Golondrina". Estaba empeñado en hacer intercambio de anillos con ella y, apoyando las rodillas en las suyas, la sujetaba con fuerza en la silla, buscaba afanoso y frenético su mano e intentaba abrir su pequeño puño firmemente cerrado. Al final lo consiguió. Y entre los estrepitosos aplausos de los curiosos le quitó ceremoniosamente la pequeña sortija y puso triunfante su propia alianza en los dedos de la "Golondrina".

Entonces la baronesa Ana se levantó. Cólera y dolor, deseos de ocultar en las sombras el tormento que le causaba su estimada nulidad, afán desesperado de castigarle con un escándalo, de hacer darle cuenta a cualquier precio de su presencia, todo esto luchaba en su interior. Pálida como la cera, apartó la silla y se dirigió hacia la puerta a través de la sala.

Esto provocó sensación. Todos se miraron con seriedad y desencanto. Algunos caballeros llamaron en voz alta a Harry por su nombre. Cesó el alboroto.

Y entonces sucedió algo sorprendente. Y fue que la "Golondrina" Emmy se puso decididamente a favor de la baronesa Ana. Fuera que un común instinto femenino por el dolor y las penas del amor le dictara este proceder, fuera que su propia aflicción por el oficial de ojos cansados le hiciera ver en la baronesa una compañera, lo cierto fue que su conducta asombró a todo el mundo.

-¡Son ustedes unos groseros! - prorrumpió con voz fuerte en medio del profundo silencio de la sala, rechazando al desconcertado barón Harry -. ¡Son unos groseros! - repitió, y luego se dirigió precipitadamente hacia la baronesa Ana, que ya estaba a punto de abrir la puerta:- ¡Perdone! - dijo en

voz baja, como si nadie más de los presentes fuese digno de oír lo que decía
-. ¡Tome el anillo!

Y diciendo esto, puso en la mano de la baronesa Ana la alianza de Harry. Y de repente sintió la baronesa sobre la palma de su mano el ancho y cálido rostro de la "Golondrina" y un tierno y ardiente beso que la quemó.

- ¡Perdone! - susurró de nuevo la pequeña "Golondrina", y se alejó corriendo.

Pero la baronesa se quedó fuera, en la oscuridad, completamente aturdida todavía, esperando que aquel suceso inesperado tomara forma y sentido. Y una sensación de felicidad, de una felicidad dulce, cálida e íntima le hizo cerrar los ojos por unos instantes...

¡Alto! ¡Es suficiente y basta! ¿No veis el valor de un detalle tan insignificante? ¡Vedla ahí, completamente embelesada y hechizada porque una locuela aventurera ha ido a besarle la mano!

Te dejamos, baronesa Ana. Te besamos la frente, te decimos adiós y nos vamos. ¡Duerme ahora! Pasarás la noche soñando en la "Golondrina" que se te acercó y te sentirás un poco feliz.

Pues, un momento de felicidad, un breve escalofrío y una pequeña borrachera de felicidad, llegan al corazón cuando aquellos dos mundos entre los que vaga errante el deseo de un lado a otro, se encuentran en un fugaz, ilusorio abrazo.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>